

UN CURA LIBERAL EN LLÁNAVES

JUAN ANTONIO POSSE

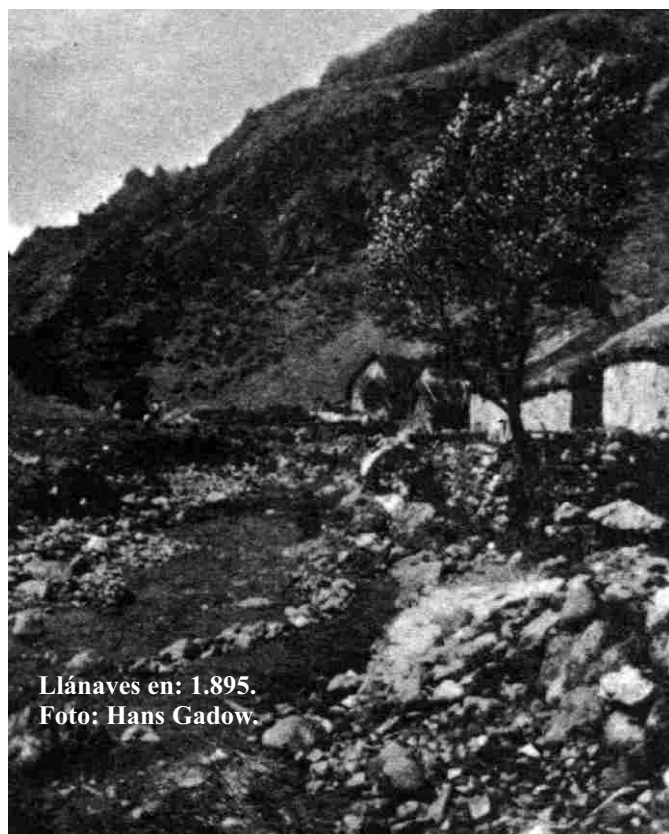
Por José M^a Domínguez del Hoyo.

El clérigo Juan Antonio Posse Varela, nació en Galicia, en la parroquia de Soesto (Laxe), el 26 de diciembre de 1766, y murió en San Andrés de Rabanedo (León), donde era párroco, en 1854. El hispanista norteamericano Richard Herr publicó en 1984 las memorias que el sacerdote escribió en 1834: Memorias del cura liberal don Juan Antonio Posse con su Discurso sobre la Constitución de 1812.

Según se narra en ellas, a la edad de 12 años Posse fue llevado por su padre a Las Muñecas (León) para hacer estudios eclesiásticos con un tío suyo, que era el párroco de ese lugar. Una vez ordenado, ejercería su ministerio en tres parroquias leonesas: Llánaves (1794-1798), Lodaes (1798-1807) y San Andrés (1807-1854), de ideología liberal, sus ideas sociales eran muy avanzadas para aquellos tiempos, pero en cambio no ocultaba su rigorismo y puritanismo en asuntos religiosos.

El 29 de noviembre de 1812 pronunció ante sus feligreses de San Andrés un famoso Discurso sobre la Constitución, publicado en 1813, donde hace una entusiasta defensa de la Constitución promulgada en Cádiz en 1812, lo que le valdrá sufrir persecución por las autoridades a partir de que el rey Fernando VII se niegue a jurar la Constitución y restaure el absolutismo monárquico, llegando a ser encarcelado.

En las siguientes líneas, publicamos el capítulo que dedica a su estancia en Llánaves.



Llánaves en: 1.895.
Foto: Hans Gadow.

... Salí y llegué a Llánaves el 3 de mayo de 1794, en un día nuboso y por caminos que nunca había transitado. Tenía que tomar en Pedrosa setecientos reales para pagar al vicario, que me entregó Don Joaquín Rodríguez Oliver. Se había hecho casa nueva con los efectos de tres años que había estado vacante el curato; los carros y la familia ya habían llegado cuando yo; y dispuesta la cama me acosté al momento. Había pasado sitios y estrecheces de peñas y montañas de una aspereza y elevación indecible, distraído con la aguanieve que cayó sobre mí, sin que pudiese considerarlos; y luego que se acabaron las visitas y cumplimientos de los feligreses, volví a andarlos y recorrer las cercanías y los términos del pueblo para formarme una idea de la horrible situación en que se me había colocado.

Descripción del territorio de Llánaves

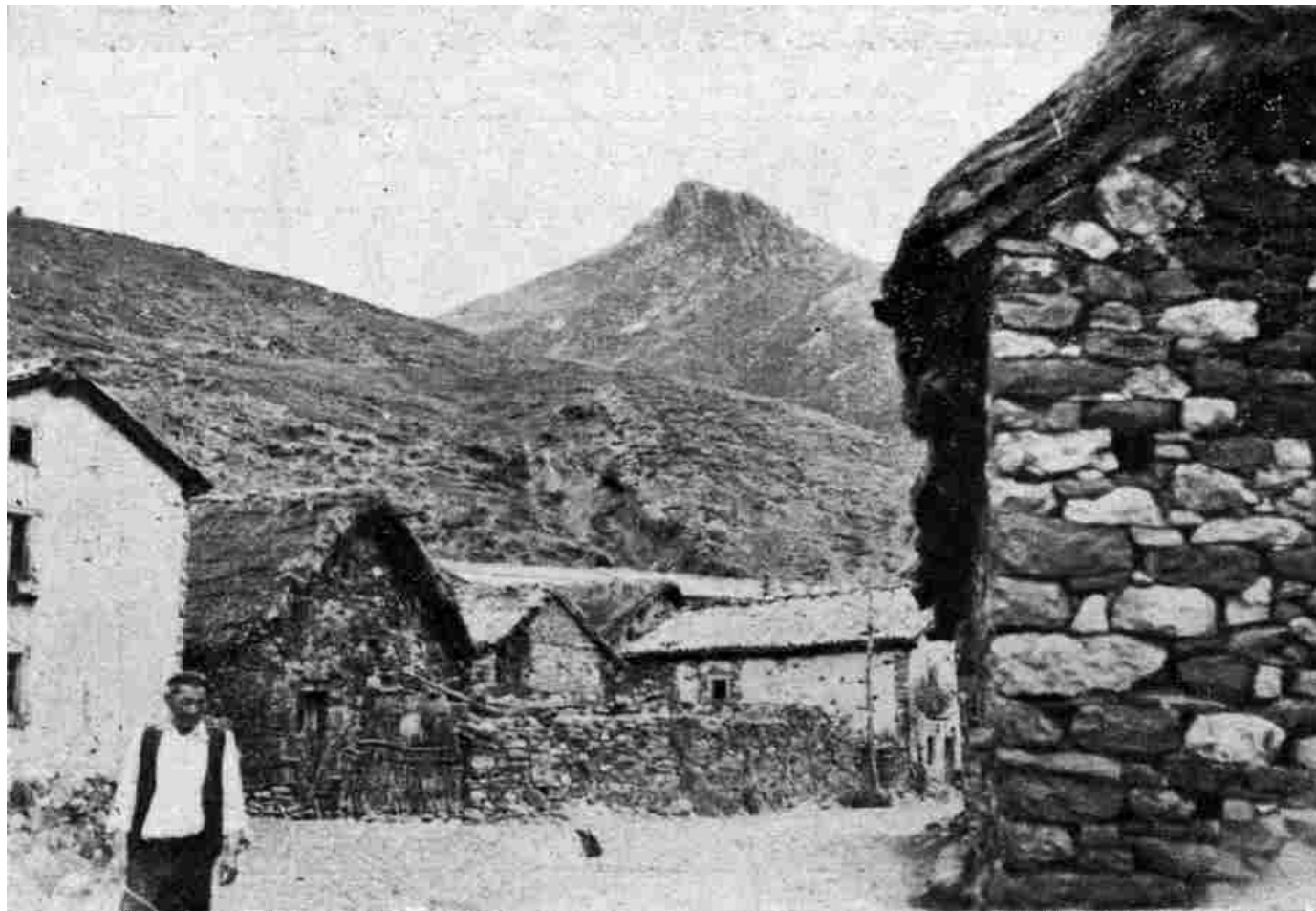
Llánaves es un lugar solitario y forma un reducto salvaje, áspero, estrecho, horrible, y colocado en lo más interior y más elevado de las montañas de León, diez y seis leguas al oriente de aquella ciudad y como unas ocho leguas de estrecheces de peñas, subiendo hasta llegar a las fuentes del brazo más oriental del Esla. Antes del pueblo se halla la Hoz, así llamada por las curvaturas a manera de hoz, que



hay en este camino que es muy peligroso en todos los tiempos, sobre todo en invierno. Casi todo él está lleno de precipicios de algunas varas de alto hasta el agua, que corre por debajo de los pies, por las peñas que se desgajan y por los neveros que caen, que arrastran o sepultan todo lo que cogen debajo. Siguiendo río arriba, el camino va por la izquierda, y todo, o la mayor parte de él, formado en peña viva, a modo de cornisa hasta tener la anchura suficiente para los carros. A la puente de piedra se pasa al

Pueblo

El pueblo de Llánaves es una villa de señorío del Marqués de Valverde, señor de tierra de la Reina, quien nombra anualmente el Alcalde. Se habla en mi tiempo; el curato es de oposición en todos los tiempos, con remisión de terna al Rey en los meses apostólicos y en los ordinarios al Arcediano de Mayorga. Tiene de pensión a la muerte de



otro lado y se va subiendo en idas y venidas hasta el alto. Esta puente ha tomado su nombre de los peñascos de que está formada, y porque todos los demás son unos pontones de madera para las gentes de a pie. El alto donde se acaba de subir se llama la Ventera, por que lo es realmente, no faltando jamás el aire en este sitio. Desde la Ventera a la puente de Piedra el río corre invisible debajo de las ruinas de la naturaleza. Desde aquí a Llánaves el camino es corto y casi llano e igual, más estrecho y siempre arrimado al río que se separa luego después de la Ventera.

Cascada

Como a unos ocho o diez pasos de este alto hay una cascada que forman las aguas que bajan de una fuente a que jamás he ido y cuya caída es como una media docena de varas de altura sobre una roca junto al camino. Esta cascada es de poco volumen; pero interesante: forma dos arcos de iris cuando el sol va declinando hacia el Ocaso. El uno formado por los vapores y el otro por las gotas más menudas que saltan del agua que cae en la peña. Varias veces he visto y reparado en estos arcos.

los curas dos luctuosas: una, como noble, al Marqués, que consiste en la mejor quatropea; y la otra al Arcediano, que es la mejor alhaja a su arbitrio, después de aquél. La fábrica no tiene fincas ni más rentas que dos reales y medio que paga cada vecino por razón de primicias. Tiene como unas veinticuatro casas a lo largo del río, que baña algunas de Oriente a Poniente por el Mediodía, y todas cubiertas de paja. Tiene sus caños de agua y pila de piedra labrada para beber los bueyes, lavar y otros usos. Hay en el recinto algunos espacios muy reducidos que dicen fueron huertos, más yo nunca los vi ocupados sino por estiércol. Al otro lado del río tienen el molino y las eras, que dudo tengan cinco pasos de ancho y veinte de largo; son una campera desigual y pedregosa.

Iglesia

La iglesia solamente está cubierta con teja, y aunque pobre tiene buenas ropas, donación de varios señores; y el Marqués ha contribuido para la luminaria muy buenas limosnas en mi tiempo. Como a tres tiros de piedra,





Año 1895. Foto: Hans Gadow.

siguiendo por la izquierda, el camino, junto al río, hasta San Bartolomé, donde se juntan los dos torrentes de agua que bajan de Naranco y Piedras Ovas. Aquí, en este San Bartolomé, se toma el lado de la izquierda para la Liébana por el puerto de San Glorio. Por el valle de la derecha están las tierras y los prados de Naranos. Una sierra muy alta y muy pendiente, en que pasta un rebaño entero de merinas, divide estos dos valles.

El recinto de las tierras y prados está cercado de sierras, las más altas de España, por el Norte, Oriente, Mediodía, y rematan al Poniente con la Hoz. Tres rebaños de merinas, además del ya citado, pastan en este recinto por el verano y engordan mucho, lo que atribuyen a las hierbas.

Territorio

Pero a mí me parece que siendo éstas muy ásperas y cervunas, más antes que a las hierbas se debe atribuir a la elevación y frescura de los puertos, tan provechoso a este

ganado. Generalmente no entran hasta fines de junio, que aún suelen estar cubiertas de nieve. Las sierras de Oriente hacen una como bajada para formar el puerto de San Glorio, por donde se sale para los lugares de la Liébana. Al Mediodía hay una explanada que llaman Tarna, por donde se baja también a Llánaves por un boquerón, que es una pequeña entrada que llaman Portiella, formada, a mi parecer, por el peso de las aguas, de las nieves derretidas o por otra causa desconocida; un poco bajo de este boquerón hay una fuente pequeña de agua fría y cruda adonde llegan las truchas. Yo he hallado una muerta fuera de la fuente, adonde sin duda saltó por subir más arriba. De aquí, tirando al mediodía, están los prados del Naranco, y subiendo la cuesta hay un collado que forman el pico de Bobias. Y la sierra de Horpiñas, en donde principia el gran valle de Pineda, de tres o más leguas de largo, por donde se va a Cervera, solamente a pie o a caballo, con mucha dificultad, y cuando no hay nieves.



Hoces de Llánaves.
Foto José M^a D. Del Hoyo.

Bobias

El pico de Bobias es de una inmensa altura. Dos veces me propuse subirle por dos lados diferentes, y ambas me volví a menos de medio camino, temeroso de no precipitarme en pendientes y abismos más allá de toda ponderación, sin una piedra ni cosa a que agarrarse. Este pico es tan alto, que un rato después de puesto el sol, aún es iluminado con el rojo de sus rayos, que figuran un bello color de rosa, lo que observé varias veces desde mi cocina en las tardes serenas.

Dehesa, etc.

Las sierras del Norte se llaman de la Dehesa y Piedras Ovas; éstas no parecen tan altas ni tan difíciles; las merinas han hecho senderos, por donde se sube a las otras, y solo en madreñas, pues en zapatos habría el mismo peligro de precipitarse. He subido algunas veces por una falda y estrecho de rocas a la cima de la Dehesa para ver un lago que allí hay formado por las nieves, casi siempre heladas. No he hecho sino darle la vuelta alrededor; y así no pude saber si las aguas tenían sumideros para formar arroyos o fuentes, o si se evaporaban, por que algunas veces decían se secaba. Hay pocos tiempos convenientes para subir y recorrer todas estas cimas; es preciso sea en verano, a mediodía y en almadreñas, por causa de lo resbaladizo de las cuevas y camperas cervunas, por las nieves y por las nieblas, que casi nunca faltan en las tardes y noches de verano. Me han asegurado que desde las

alturas de Piedras Ovas se ve el mar. Yo nunca pude verle, aunque subiese con este objeto; bien es verdad que tampoco he llegado a las vertientes de la liévana, desde donde decían se divisa. Las faldas de estas sierras, vertientes hacia Valdeón, son unas camperas del mismo género, donde están las dos célebres Lurianas, puertos de merinas tocantes a Portilla. Tuve la imprudencia una vez de arrojar dos o tres morrillos muy sólidos, que en breve se hicieron añicos con su peso y violenta rapidez. No quise repetir la experiencia por no dañar, si por acaso alguno anduviese por aquellos yermos y soledades.

La mayor parte de las rocas son como una suerte de argamasa, compuesta de morrillos grandes y pequeños petrificados, durísimas y muy difíciles de quebrar; otras son como mármol, con algunas venas de que se forman trozos, que se desprenden y forman precipicios por dónde sólo pueden andar las aves y los rebecos. A este propósito voy a referir lo que he visto por mis ojos un día.

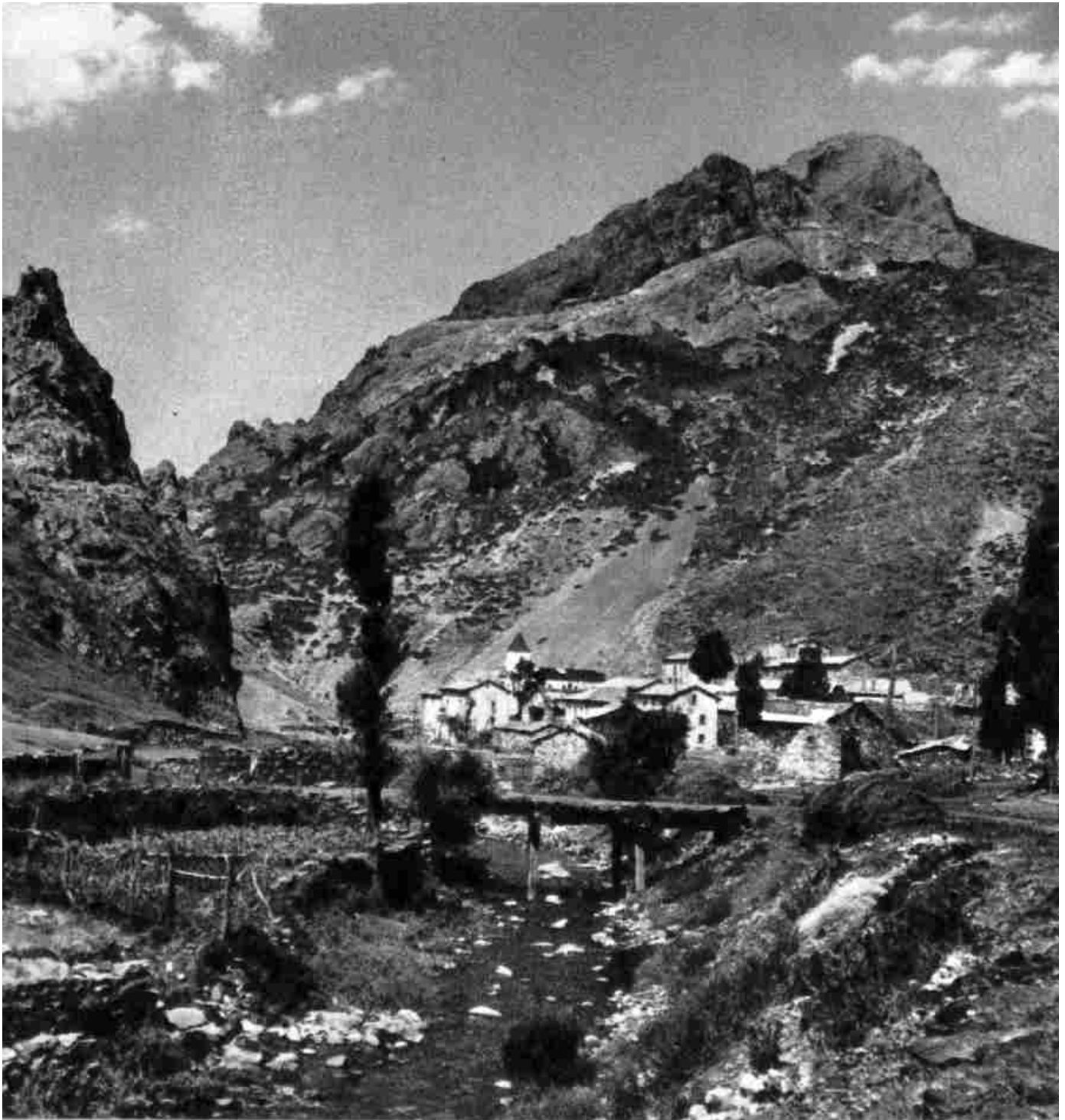
Rebecos

Paseándome por la Ventera vi a u feligrés sobre un lado del camino observando muy atento.

-Qué haces ahí, Miguel? -le pregunté.

El me hizo señas que callase y me acercase. Luego que me arrimé, me hizo ver una manada de cabras monteses o rebecos que atravesaban aquellos precipicios. Pasado un rato, me mostró otro que volvía de seguir un macho al que había echado de entre las cabras, después de haberle vencido en una larga lucha. Tenia que atravesar un espacio





de más de diez varas, o rodear subiendo o bajando un gran circuito. Pues sin detenerse dio este salto de una peña a otra, y siguió a las hembras que caminaron por encima del lugar. Hablando después con este hombre de un salto tan soberbio, o más bien de este vuelo, me aseguró que muchos se despeñaban y se hacían mil pedazos.

Neveros

En la Hoz y en el pueblo mismo suelen caer neveros que sepultan a las gentes que coge y las casas donde bajan. A la extremidad del valle de Naranco, hacia el lugar, había un molino, al cual un nevero que bajó de la otra cuesta, arrancó de sus cimientos y lo puso más de veinte pasos en la cuesta todo entero.

Antes de mi ida habíase desprendido otro sobre el lugar y

arruinado cinco casas, muerto algunas personas, y a otras han sacado moribundas debajo de la nieve después de dos o más días de excavaciones. El año siguiente de mi salida, subiendo a la Ventera dos mujeres que traían vino para el concejo el día de los Reyes, las sorprendió un nevero y sepultó para siempre a la una, y la otra no pareció hasta el día o la víspera de San Juan que se halló sentada sobre la nieve. Sería no acabar de referir todos los fenómenos que parecen a milagros si no se supiese lo que puede el aire impelido de esta o de otra manera.

Producción

El terreno de la villa no produce un grano de trigo, un pelo de lino, ni legumbres, ni grano alguno sino un poco de centeno, que no madura ni se siega hasta San Bartolomé, y



Las tierras colectivas.

aún algunos años lo secan al humo. La cosecha total del pueblo es entre ochenta y noventa cargas; y esto lo sé, por que siendo el único partícipe, nunca llegué a nueve cargas de diezmo. En todo su territorio no hay un árbol; no se ve un pájaro de los que son comunes en otras partes. Allí no llegan las codornices, ni las cigüeñas, ni los pardales, ni hay perdices rubias: hay una casta de perdices pardillas que llaman peñiegas, más pequeñas que las rubias, que se esconden y guarecen debajo de la nieve, entre las escobas, de las aves de rapiña, que suelen destruirlas en el verano. No se ha podido saber en dónde anidan ni ninguno ha visto sus huevos a los que se lo he preguntado.

Territorio

La circunferencia o el territorio del lugar es como un círculo de peñas, cuyo fondo le constituye. Por el lado de la Dehesa y Piedras Ovas están los vallecitos de Culebrejas, Río de los Vados y valle Estéfano, que componen la mayor parte de la pradería del pueblo. Esta hierba es mucho mejor que la de las cuestas. Entre estos valles tienen la leña para calentarse y otros usos. Esta leña son unos arbustos semejantes a las escobas, y con efecto así las nombran; en otras partes las llaman piornos. Crecen y engordan muy bien; pero son muy humosas si no están bien secas. Por esta razón algunos de afuera los llaman ahumados de Llánaves. Tienen otros prados en el valle de Naranco y junto a las tierras.

Población y haberes

La población se compone de veintitrés a veintiséis

vecinos, que viven en una dichosa medianía, o más bien, en una honesta pobreza. Crían mucho ganado vacuno de buena raza, y algo ovejuno, que también es grande y engorda mucho. Pero la lana es áspera y larga, parecida al pelo de cabra. Por el invierno atan los carneros y las ovejas al pesebre con sus collares y cadenas de madera y vilortas, como los bueyes. Su carne es de un gusto excelente y hay carneros de cincuenta a setenta libras. De estos ganados sacan mucha leche, de la cual hacen manteca, queso, con lo que trafican en los mercados de Potes y otros lugares, con lo cual compran o truecan lino, legumbres y otras cosas para su subsistencia; y aún de la que llaman friera, que es la leche desnatada, hacen un queso regular, que comen o venden, como los demás, para sus gastos de primera necesidad. A las ferias de Cervera van a vender el ganado vacuno, especialmente a la de Ramos. Las casas son reducidas, como deben serlo en un país tan destemplado; pero tienen las piezas necesarias para ellos, para sus ganados y para un largo invierno. Todas están cubiertas de paja, atada por varales y vilortas de espacio en espacio a los cabrios para resistir a los aires, que allí son terribles; y encima de todo el techo otros cabrios atravesados y limpios, con el objeto de que se desprendan las nieves y corran las aguas que los pudren.

Ellos mismos los construyen y los reparan con grande aseo. Las maderas las suben de la Liévana con gran trabajo y aun prefieren bajar por ellas a la tierra de la Reina, más de dos leguas, y por la Hoz.

Costumbres de los vecinos

Las gentes son muy morigeradas, francas y agradecidas.





Foto: Salvador González.

Aunque habitan un terreno de los más fríos de Europa, no beben casi ningún vino. Jamás oí que en mi tiempo se embriagase ninguno del pueblo, o en sus reuniones concejiles, o en sus casas los particulares, ni de ninguna otra manera. Cuando hay vino de concejo permiten o mandan llevar un jarro para echar su suerte y beberla en casa con la familia, sin embargo que nunca se permite beber dos cántaros y medio cuando más, y cuando se junta todo el pueblo. En la toma de mi posesión, considerando mi tío la concurrencia de hombres y mujeres, grandes y pequeños, quiso aumentar la dosis; pero no lo permitieron de ninguna manera, para no quebrantar sus usos. Son sumamente atentos, y aunque por costumbre podía asistir a los bautizos y a las bodas, jamás fuí a ninguno; pero esta moderación me valía más que las asistencias; porque las comadres me remitían una fuente de torrijas, rollos de manteca, bollos, tortas de leche y de manteca y otras cosas de esta especie a que sabían era muy afecto.

Policía

La policía del pueblo es admirable y digna de ser imitada. Para distinguir a las casadas de las solteras debían traer aquellas tocas en la cabeza y alrededor del pescuezo; y éstas dengues, corbatas, u otras cosas, sobre los hombros. El cirujano, los pastores, el herrero, la botica, las Bulas, Letanías, etc., todo se paga de concejo. La sal, el trigo y lo sobrante de Propios, a todos se les reparte igualmente y con la mayor fidelidad. Tienen casa de concejo, con su sala de Ayuntamiento; cárcel bien cuidada y surtida de todas las cosas necesarias; aunque ésta parece ser de sobra, por que ha nadie he visto llevar a ella. Corte para el toro con el

pajar correspondiente, para recogerle la hierba. A la facendera van hombres y viudas y antes de salir les reparten media cántara de vino, que beben o guardan, según les acomoda; y cuando van a la Hoz o camino de pasaje público, dos reales a los hombres y real y medio a las mujeres. El vaquero y pastor de las ovejas llaman por la mañana y horas convenientes a echar el ganado y adónde. El vaquero es el que cuida del toro, le limpia, recoge, etc. Ninguno pide limosna, y en los cuatro años de mi residencia sólo llegó a mi puerta raras veces un levaniego que había sido pastor en el pueblo. Se visten con la lana de sus ovejas con bastante sencillez y modestia. Siempre andan calzados con madreñas, que para ser más durables las hacen toscas y pesadas. Nunca dejan de llevarlas en sus viajes; y hay muchos que jamás se han puesto otro calzado. Enterré a un viejo de más de ochenta años que nunca puso zapatos, y esta circunstancia es común a hombres y mujeres. Son muy moderados en todo su porte y gasto, lo que les pone en estado de tener pocas necesidades y hacer muchos ahorros. En los principios de mi residencia fue a visitarme un vecino quien, entre otras cosas, me ofreció un par de onzas y una carga de trigo, etc. En algunas reuniones concejiles y comunes a todos se juntaban, comían, bebían, almorzaban, merendaban o cenaban todos juntos; unas veces hombres y mujeres, como en una de las cuatro letanías, que llegaban a las tierras para bendecirlas; otras, sólo los individuos del ayuntamiento, que se juntaban en la casa del Procurador u otro donde se regalaban bien con lacones, orejas, pies de puerco, etc. El cura era uno de los convidados, con otras personas de distinción. Yo miraba estas comidas periódicas como que contribuían a mantener la unión y la



paz entre los vecinos. Aristoteles De República, lib. VII, cap. 10, pág. 436.

Clima y dureza

Generalmente son muy sanos y robustos y de estatura prócer, pero algo zambos y mal conformados: con dificultad se hallará una persona bonita, lo que me parece provenir del clima, de las aguas que beben, de la frialdad de la atmósfera, etc. Los hombres son algo feroces y algunos tratan mal a las mujeres. Su amor se reduce a lo físico, y apenas conocen lo que llamamos sentimiento. Siguen este instinto infeliz que lleva al fuerte a someter al débil; pero la estimación que se adquiere por mil cualidades sociales, el conocimiento de una multitud de placeres diversos, que someten al hombre civilizado a su compañera, apenas les son conocidos. Casi no he hallado otro vicio que reprenderles que el rigor con que algunas eran tratadas de sus maridos, que las golpeaban, arrastraban y trataban brutalmente. Les hacía la pintura de todos los pormenores con que el jesuita Gumilla describe los salvajes del Orinoco, donde las mujeres quitan ordinariamente la vida a sus hijas en el momento que nacen para no exponerlas a los males que ellas sufrían. Llegué a verme precisado a negar los Sacramentos a uno que trataba cruelmente a la suya sin poder corregirle con mis exhortaciones públicas y privadas. Pero a este exceso de severidad solo llegaban tres o cuatro.

Aires

La situación del pueblo es muy miserable. No tienen más espacio que el que ocupan las casas a lo largo del río. Está muy expuesto a los aires del Poniente, que son allí terribles. Modificados por las cuevas de la Hoz y Ventera, entran y llegan al lugar como embudados y aumentados y causan daños y estragos horrorosos. El primer invierno de mi residencia los sufrí dos veces, cuales no hacían memoria los nacidos, como un aprendizaje de mi oficio pastoral. La primera fue el 19 de octubre del año 94. Todo este día reinó un aire furioso y en la mitad de mi casa no ha dejado un cuerno de Norte a Sur por la parte del pavimento. También hizo daño en otras, pero sin comparación menor que en la mía. En medio de que en mi país soplan muy recios los vientos, jamás había sentido un aire tan fuerte. Había hecho mi acopio de paja en el verano para reformar la casa y quitarla las goteras; todos se

previenen lo mismo, y así apenas se sintió el daño. El otro aire, todavía más furioso, fue el 21 de enero del 95. No es posible idearse un viento más horrible. Duró tres días continuos, sin ceder un instante y acabó con una lluvia tan fuerte.

Mi casa se bamboleaba como un árbol; tres o cuatro veces mudé de cama, y por último, todos nos quedamos poco menos que en la calle, expuestos al agua, a la nieve y casi desesperados. La catarata de la Ventera apenas corrió en estos días, las campanas se tocaban por sí mismas, el portal de la iglesia casi quedó destruido, fue preciso abarrenar mi casa para que cayese el agua. De una vez: en todo el lugar no quedó una casa cubierta. Con el crecimiento del río, la paja que llevó el aire muy lejos, fue bajando y se hizo islas junto a las casas. Luego se trató de hacerla suertes a cada uno según el daño y a mi me destinaron dos en consideración al mayor perjuicio. Estaba delante de mi casa un carro bien cargado de escobas y el aire lo levantó según estaba y lo estrelló contra la casa de enfrente. Otras muchas lástimas ha habido, que omito por no renovar pesares. Para no sentir penas no hay mejor que despreciarlas. Yo estaba en la edad de no hacer caso de nada. Mas en atención a esto, decía mucho después que mi mayor éxito era el haber sido cura de Llánaves.

Comunidad de las tierras cada doce años

Las tierras son comunes y se reparten por partes iguales y por suerte entre los vecinos. Cuando en el intermedio de estos años fallece alguno, su porción vuelve al concejo, a no ser que haya vecinos nuevos, en cuyo caso recaen en él o en el más antiguo si son varios. Reparten, lo mismo que las tierras, dos carros de hierba a cada vecino. Hay un mayorazgo en el pueblo, y una sola tierra que tiene, está fuera, en Portilla. Son las tierras un sagrado, en que nada entra. Para cultivarlas siempre llevan uncidos o atados al carro los bueyes. Las cuidan con esmero, así como el camino que conduce a ellas. Por este camino también se va a los prados de Naranco y a Liévana; pero castigan severamente a los que se apartan y hacen daño. Tocó a mi tiempo la repartición de los doce años y no he visto variedad ninguna en el cultivo de las tierras, ni antes ni después, lo cual falsifica lo que dicen los defensores de la propiedad tocante al mejor cultivo y mayor producto de las cosechas y labores. Además de esto, vemos que las heredades de los frailes y de otras corporaciones estén mal trabajadas, mal cuidadas, o no den tanto o más producto que las de rigurosa propiedad? Los prados son propios y no por eso están mejor cultivados que las tierras comunes. Aun en la misma clase, los prados del toro y los que reparten entre sí, como las tierras, he observado que producen más y se cultivan mejor. He observado, finalmente, que la pradería del curato, del mayorazgo, de un capellán y los demás, aunque de mejor palmiento, están llenos de broza, cascajo, argayo y malezas. Siendo yo cura, tuvieron por conveniente sortear el palmiento de dos o más carros de campero para los vecinos a fin de tener más hierba para sus ganados, en lo cual consiste su principal riqueza. Querían seguir la regla general de la pradería y hacerlos propios. Se lo disuadí y logré que los dejasen comunes y en la misma clase que las tierras; y con





Invierno 2.004.
Foto: Salvador González.

efecto, no quise disponer de mi porción, lo cual imitaron mis sucesores, hasta que un lebaniego más interesado que prudente la vendió a un feligrés.

Igualdad de las condiciones

De esta igualdad de fortunas viene la de las condiciones. No hay diferencia alguna acerca de estas en el pueblo. Todos son labradores; todos del estado general. Hubo un tiempo en que pensaron hacerse nobles porque siendo el Alcalde vecino del pueblo, el escribano de su elección y todo el Ayuntamiento, podían empadronarse fácilmente. Pero no faltó entre los vecinos mismos uno que se lo disuadiese, a pretexto de que nuevos vecinos de otros lugares que no eran hidalgos, querrían tener las mismas ventajas que los vecinos originarios y que jamás faltarían discordias con este motivo. Así renunciaron a esta idea tan vana y tan pueril. En esta clase la dignidad del hombre es igualmente respetada, según que sean iguales las fortunas y las condiciones; las riquezas son tanto o más estimadas; la templanza, el amor del trabajo, el desinterés, la frugalidad, tanto más o menos comunes. Así reinaban entre estos vecinos la paz, la justicia, la frugalidad y otras muchas virtudes que acompañan a la mediocridad. Si algunas desavenencias pasajeras llegaban a turbarles, las remediaban fácilmente el Alcalde, el Regidor, el anciano, y luego restablecían el orden. A este propósito voy a referir dos casos que me sucedieron a mí mismo, que pueden dar reglas al acaloramiento de la juventud.

Dos casos de su prudencia

Un día de Cuaresma, que cabalmente era la fiesta de Santo Tomás, que yo, como buen tomista, les había señalado de muy especial devoción, tocaron a concejo después que yo había tocado a misa. Creyendo que el regidor ignorase mi toque, les envié un recado para que disolviesen el concejo. El regidor tuvo la cordura de callar y remitirme al mayordomo por si no tenía quien me ayudase a misa. Concluida ésta me fuí al concejo a pedirles cuenta del desprecio de mis órdenes. Trató de contestarme con sus urgencias, en que no debía mezclarme. Levanté la mano, le dí de bofetones y le tiré sobre su asiento. Los vecinos me apartaron y procuraron tranquilizar. Me fuí a mi casa, y el concejo, queriendo hacerme reportar de mis acaloramientos por medio del prelado, el mismo Regidor se opuso, a pretexto de arrojos juveniles, que se debía perdonar o despreciar.

El otro fue un pleito que se suscitó por mi causa a pretexto de defender una viuda, de las que debemos ser los curas abogados. Creyéndola ultrajada por su convecino, que pretendía le pagase los daños de una res que le comieron los lobos siendo ella la pastora, no pude disuadirle de su pretensión, bien o mal fundada. Formé los pedimentos, que firmaba el abogado, escribí al de la parte contraria, a la viuda para enterarle de sus razones, etc. Mas al fin, viendo que el pleito tomaba demasiado calor y que yo le había fomentado por un celo mal entendido, hablé a las dos partes, que luego cedieron, poniendo a mi arbitrio el asunto, al cual yo remití a otras manos más inteligentes para transigirlo.

Bellezas de la naturaleza

Tampoco faltan bellezas muy agradables en medio de los horrores de la naturaleza. Las noches, con especialidad las de invierno, son lo que hay de más bello y gustoso para los que saben apreciarlas. Las estrellas son más brillantes; la nieve, la pureza de la atmósfera, las hacen poco menos claras que el día. En algunas, particularmente en las de fiesta, gastaba largas horas después del Rosario hablando con los hombres de lo que entendía y no entendía.

Mis conversaciones

Les comparaba a los suizos, cuya situación era igual a la suya o peor; porque su pan era el queso, y la leche su regalo, y el país tanto o más nevoso. Otras veces les hablaba de la luna, que estaba muy limpia y clara; que las manchas que se veían podían ser mares, lagos o profundidades; que era muy posible fuese otro mundo como el nuestro, habitado del mismo modo; que las estrellas distaban de nosotros muchos millones de leguas, y que, sin embargo, aparecían tan brillantes, podían muy bien ser soles que iluminasen otro mundo como el nuestro. Así pasábamos, insensiblemente, sin sentir el frío. Aún me acuerdo de haber sacado una carta del bolsillo y de haberla leído en una de estas noches serenas y claras, lo que no admiraban por estar habituados a ellas.

Sus bondades

Entre los testimonios de su bondad conmigo no debo de omitir que regularmente me regalaban por las Pascuas todas rollos de manteca y leche (y en muchas vigiliass), y algunas mujeres, cuando masaban, me hacían y enviaban bollos, a que sabían era afecto; y los hombres, cuando venían de Campos, nunca dejaban de enviarme una jarra de vino y uno o medio cuartal, sin contar muchas otras expresiones con que a porfía se esmeraban en tenerme contento.

Recuerdos

Pueblo venturoso! Tú me has hecho conocer que es muy practicable la comunidad de los bienes que Licurgo estableció en Lacedemonia. Sin haber sido tu cura, jamás habría conocido lo que era la igualdad. Sabía que ninguna jerarquía política podía subsistir sin desigualdad; por que claro está que el hijo no tiene derecho de gobernar a su padre, el loco de prender al hombre cuerdo, etc.; sólo un instinto natural y el ejemplo de tus modestas virtudes me han hecho conocer que la igualdad que puede y debe haber es la de derechos, para ser gobernados por las mismas leyes y ser juzgados por los mismos tribunales. De ti he aprendido que la propiedad, acumulando poco a poco en un pequeño número de manos las heredades de todo un pueblo, deja a todos los demás en la indigencia. Tú me has probado hasta la evidencia que las riquezas son la causa de la corrupción de todos los pueblos, y que solamente en la medianía puede haber la unión, la paz y todas las virtudes que deben tener los hombres reunidos en sociedad. De ti

he conocido que la igualdad es un efecto necesario de la comunidad de las tierras. Tú me has dado lecciones para soportar las amarguras con que ha sido sembrada mi vida casi siempre después que te he dejado. Pueblo generoso y digno de ser feliz! Recibe este pequeño testimonio de mi reconocimiento a tus virtudes y beneficios. Y pues que vives en un país que apenas pueden habitar los hombres, por efecto de una dichosa medianía, no te olvides de que tu suerte está cifrada en que las tierras sigan siendo comunes, y que al punto que esta comunidad te falte, seras reducido a un desierto, en que solo habitarán los buitres y las fieras.

Mi conducta en el pueblo

Mi conducta en el curato era no hacer distinción ninguna entre los feligreses, a quienes miraba como hijos, sin distinción ni preferencia alguna. Jamás deseché expresiones que me hiciesen, de cualquier clase que fuese. Si me pedían algún favor, se lo hacía con tal que pudiese, y lo mismo mandaba hacer a los de mi casa; fuera de la hierba que necesitaba para mi caballo, les arrendaba toda la rectoría a precios corrientes. Sabían que era invariable en las cosas de mi oficio, y que no cedía a los empeños y recomendaciones: por tanto, no me importunaban sobre ninguna cosa. Podría citar casos de esta naturaleza en bautismos, amonestaciones y Sacramentos; pero no los creo necesarios. Les predicaba los más de los domingos y fiestas, y regularmente puntos doctrinales por los reverendos padres Coucina, Ricis y Larraga, porque no tenia sermonarios más que dos tomos de los tres de la Cuaresma del padre Andrés, y aún uno de estos desapareció en la tempestad del 24 de enero. Primeramente, les refería la letra del evangelio en castellano, y después deducía la doctrina que quería explicarles. Estas buenas gentes estaban tan poco enseñadas a oír sermones, ni de mi antecesor, ni de otros, que me tenían por un Misionero apostólico; y aseguraban que en toda Liébana ni en la demás circunferencia no había otro.

Desde los Santos hasta concluir la Cuaresma les preguntaba la Doctrina por la noche todos los domingos y fiestas de guardar. Acabado el rosario, los mandaba sentar, y puesto en medio, también sentado, les hacía preguntas por orden, hasta concluir el padre Astete. Después de un tiempo regular, los despedía, y saliendo yo el primero me quedaba a la puerta hasta salir todos y cogía las llaves. Si las noches lo permitían, nos quedábamos hablando a la luz de las estrellas, según las circunstancias.

Porte en la iglesia

Regularmente, el Jueves santo se concluía el cumplimiento Pascual. Les hacía guardar el mayor aseo en la iglesia, no permitiendoles toser ni grajear. Si eran acometidos de la tos tenían que salirse afuera: comenzaron ridiculizando este cuidado y acabaron por mirarlo como importante. Al altar ninguno llegaba sin descalzarse las madreñas, sea para comulgar, sea para ayudar a misa. Por lo demás, como la iglesia no estaba entarimada, andaban calzados. Se presentaban a recibir los Sacramentos con un exterior modesto, y en la limpieza posible, peinados y lavados.



Las hoces de Llánaves.
Foto: Salvador González.

Saludable

Aunque en los meses de diciembre y enero no daba el sol en el lugar, impedido por las cordilleras de Horpiñas que están al Mediodía y la destemplanza de la atmósfera, gozan de la salud más robusta. No me acuerdo haber enterrado sino dos hombres y una mujer, todos tres muy ancianos. Hice 24 bautizos y una boda. Apenas había una enfermedad, más que algunos histéricos y reumas, y el cirujano y la botica estaban demás; así no les costaba ésta sino 160 reales, que casi recibían gratis los frailes de Santo Toribio...

Cárcel y caso

La cárcel estaba demás; no supe que ninguno entrase en ella más que por frioleras, y aún de éstas solo se un ejemplar. Un día festivo del verano, habiendo subido a tocar al Rosario, vi a un lebaniego enredar con una soltera. Luego que llegó el alcalde se lo dije y persuadí le prendiese, como lo hizo. No tardó cuatro horas en sacarle de la cárcel, con la multa de una peseta. Pasados diez o doce años, volví a Potes, y cuando venía para casa eché de menos una o dos herraduras, que fue preciso echar en Bejo. Se arrimó para tener por los pies del caballo un hombre, y concluida la operación le alargué un real, que no quiso recibir. Pero dijo:

-Señor, si usted me diese una peseta que me ha hecho costear, se la tomaría agradecido.

Ni por la imaginación me acordaba de semejante especie hasta que él me lo dijo. Enterado ya le contesté:

-Vaya, que no te costó mucho el abrazo o abrazos que diste a Bonifacia.

Y nos despedimos.

Inquisición y efectos

Poco después de vuelto al curato de mi oposición recibí una carta del secretario de su ilustrísima, en que me decía haber entendido el Tribunal de la Inquisición que tenía las obras de Pedro Tamburini prohibidas por el Santo Oficio, y que a la mayor brevedad me presentase con ellas. Al instante me contemplé perdido. No ignoraba la conducta de este Santo tribunal ni la de sus satélites, que, animados por la más furibunda superstición, perseguían sin comedimiento, por palabras indiscretas o por otras frioleras, sin examen ni formalidad. Qué harían con el Tamburini, su más terrible contrario? Desde luego, traté de ocultar todas las obras que tenía del autor, menos la disertación De gratia, que serviría para mi defensa. Bajo unos peñascos de la Hoz, con dificultades indecibles, las escondí en tres o cuatro partes, y con sola la disertación me puse en camino, casi cierto de que la delación había procedido de mi fanático condiscípulo el señor Caneja... El comisario ignoraba totalmente quién era este autor, el enemigo más invicto de los inquisidores. Enterado de quién yo era, me pidió las obras prohibidas según el aviso que tenía. Le contesté: que no tenía más obras de Tamburini que una disertación que no podía menos de ser





La cascada.
Foto: Salvador González.

corriente, porque tenía notas y citas de autores católicos. La tomó y miró la portada; después leyó su comisión y dijo: "No hay remedio, es preciso remitirla, y por tanto, no se la puedo dejar a usted". Muy contento de verme libre de las garras de este esbirro por este sacrificio, me salí.

Lodares

...Traté de redondear mis cuentas, vuelto a mi curato, y de disponerme para el nuevo que me habían dado. Desde luego, hallé que había pagado mil y setecientos reales de empeño desde que entré en el curato; que había comprado libros, caballo; viajado a mi país, suplido todos los costos de colación, etc., de mi nuevo curato, y que, además de esto, me restaban aún tres mil reales de sobrante, que me pagaron mis feligreses hasta el último maravedí. Todo esto se ha hecho en curato de dos mil reales de renta, en un pueblo de tránsito y en lo más remoto de la tierra!

Visita a Llánaves

Hallandome en 1.824 en Pedrosa, distante de Llánaves tres leguas, hacia fines de julio, traté de hacerles una visita. Me puse en camino y me detuve en Barniedo y Portilla; y algo más de mediodía llegué al alto de la Ventera.

Reflexiones

...Inmensos hielos pendían de estas rocas en el invierno; festones de nieve eran el solo ornamento de estos valles en la primavera, en donde no se podían sufrir de frío las sombras en el verano, sin ningún agrado, sin arboles ni arbustos en todo tiempo...Allí pescaba; más allá di una caída sobre el hielo cubierto de nieve; por aquél sitio pasé el río helado;...Ningún hombre estaba en el lugar, todos estaban en la siega de la hierba; solamente dos muchachas de la casa me hospedaron y echaron mi caballo a la Buería. Sin detenerme a tomar nada, caminé a verles trabajar por el camino de las tierras; subí al chozo bajo de Naranco, donde no había ya chozo ni merinas; ya hacía años todo llenos de brezos y algunas zarzas, y hasta las piedras donde echaban sal a las merinas habían desaparecido o estaban trastornadas,...Pregunté a mi patrón por el estado del pueblo: y me dijo que ya era muy diferente, las gentes muy otras de cuando yo había estado, que había trece carrales de vino en el lugar, etc. Al día siguiente, después de haber dicho misa, volví a bajar, sin casi ver a nadie, por que las gentes, en la idea de mi detención, se fueron a sus labores, pensando después cumplimentarme.

